

EL SUR DE CHILE BOSQUES, LAGOS Y VOLCANES

Por SERGIO DE LOS REYES IBARRA

ESTO es lo dominante en el país: su configuración originalísima y peculiar. Una larga faja de más de 4.500 kilómetros de largo, desde el paralelo 18, latitud sur, hasta el 56. Y sólo con una anchura media de 200 kilómetros.

Se diría que la naturaleza quiso obsequiar a este trozo meridional de la América Hispánica con una síntesis de todos los climas y paisajes del Viejo y Nuevo Mundo.

Sin embargo, de este abigarrado y alocado conjunto geográfico se destaca, con nitida personalidad, la región Sur, la de los ríos de cauce profundo, de lagos extensos, de bosques abundantes y de volcanes nevados. Es una región privilegiada, probablemente una de las más pintorescas y magníficas del mundo, un paraíso para el turista que busca belleza y placer.

Ocupa en Chile esta región poco más de 90.000 kilómetros cuadrados, desde los 38 grados latitud sur hasta los 44, comprendiendo, por tanto, las provincias de Cautín, Valdivia, Osorno, Llanquihue y Chiloé; tiene prósperas industrias y contiene mucha población germana e indígena sin mezcla.

Su clima es húmedo y templado; llueve mucho aun en verano. Las precipitaciones alcanzan seis metros en la base de los Andes y cinco metros en los cerros de la costa. El promedio en el valle es de dos metros y medio. Cuando no llueve hay neblina con frecuencia. La temperatura media queda comprendida entre los 12 grados en el Norte y 10 en el Sur.

Chiloé, separada de las provincias continentales por el canal de Chacao, tiene aún más exagerada la nubosidad, mas no la pluviosidad.

Pero el rasgo distintivo de esta zona, su característica esencial, es el paisaje, integrado por tres elementos: el bosque, los lagos y los volcanes.

Es ésta la región del país donde los bosques llegan a su mayor esplendor. Los árboles, apretados unos con otros, se elevan verticales y extienden sus ramas a una gran altura, hasta donde pueden recibir la luz necesaria. Debajo de este basto techo de hojas, donde nunca penetran los rayos del sol, crecen plantas delicadas que no podrían resistir la acción directa del sol. En este suelo, enteramente formado de despojos vegetales, se extienden los musgos y crecen los helechos más hermosos, cuyas hojas llegan a tener tres metros de largo. Algunas plantas, más ansiosas de luz, atan sus tallos sueltos al tronco de los árboles, desde los cuales dejan caer sus flores color púrpura; tal es el copihue. En fin, en los límites del bosque, la quila ocupa todo el espacio libre y forma un matorral impenetrable, como para preservar el bosque de los ataques de los vientos y animales.

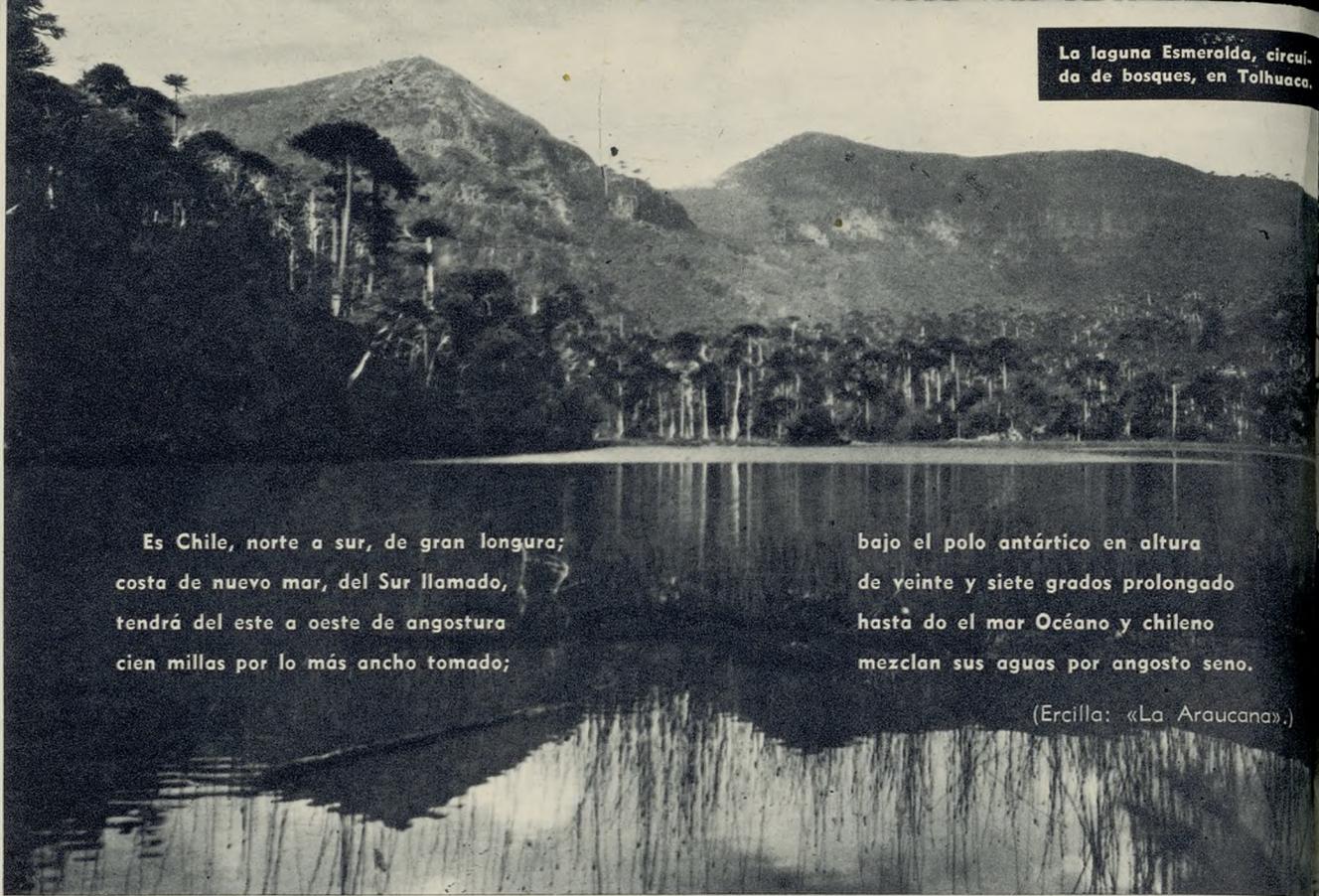
Además de los numerosos árboles útiles por sus maderas, comunes a todo el país, como el roble, el coigue, la luna, el lingue, etc., famoso este último por su cáscara para curtirías y su madera para muebles, hay otros que son peculiares de esta zona y son por eso árboles distintivos de los mayores bosques chilenos, entre ellos tres coníferas, que proporcionan maderas muy buscadas: el alerce, el mañío y el ciprés de las Guaitecas, llamado así por ser distinto del de la cordillera y porque sólo crece en la región de los canales. Su madera no sirve para tablas, por ser muy nudosa; pero para rodrigones y durmientes no tiene rival, por ser casi imputrescible.

Penetrar en este bosque, donde los árboles crecen enredados entre las lianas y sepultados por los quilantales, los helechos y los musgos, es algo más difícil de lo que uno piensa. Es necesario abrir picas con equipos de hacheros y orientarse en la maraña intricada, por medio de la brújula o del instinto del nativo. Hasta 1832, fecha en que por primera vez se cruzó la lengua de tierra que separa el Seno de Reloncaví del lago Llanquihue, sólo se tenían noticias legendarias de este lago, y aun su primer explorador por el sur, don Bernardo Eunom Philippi, no creyó que el lago Llanquihue fueran las mismas aguas que se alcanzaban desde la ciudad de Osorno. Dibujó en consecuencia dos lagos en el sitio en donde no hay más que uno. En este sentido, es esta región una de las pocas en las cuales, al designarla con el nombre de la formación vegetal que la cubre (región de los bosques), no se violentan realidades geográficas.

La suerte del bosque virgen, hermoso nombre que los chilenos dan a la selva, es casi siempre triste, ya sea que se le corte para aserrar sus troncos, se le utilice para leña o se le deje pudrir hasta que una nueva generación cubra sus restos. Esta no muy hermosa suerte es, sin embargo, la mejor. El colono que ha adquirido un pedazo de bosque y quiere desmontarlo procede de manera aun más sumaria: le pega fuego al bosque y durante muchas semanas cubre los alrededores una capa de humo blanquecino; pero los árboles más acuosos y de follaje siempre verde resisten a la destrucción total. El sol mira con enojo este trabajo de destrucción: se le ve rojo a través de la humareda, y una luz opaca, como la de un eclipse de sol, cubre el paisaje. En el sitio libre se siembra trigo, sin darse el trabajo de quitar los troncos, y el suelo, abonado con la ceniza de una vegetación centenaria, da cosechas sorprendentes, a veces de 60 a 80 por 1. Hoy, el Gobierno ha tomado cartas en el asunto, prohibiendo los roces e iniciando una activa política de repoblación forestal, orientada principalmente a una futura explotación de la industria de la celulosa.

Los lagos comienzan al pie mismo de los Andes; son, por lo general, redondeados y profundos, originados por la erosión de antiguos ventisqueros.

En primer lugar se nos presenta el Colico, seguido del lago Villarrica; es aquí donde todo el embrujo del paisaje se descarga súbitamente sobre el visitante. Aquí es donde se alcanza una de las excelsitudes de la región en lo que se refiere a su belleza. En rápida



Es Chile, norte a sur, de gran longura;
costa de nuevo mar, del Sur llamado,
tendrá del este a oeste de angostura
cien millas por lo más ancho tomado;

bajo el polo antártico en altura
de veinte y siete grados prolongado
hasta do el mar Océano y chileno
mezclan sus aguas por angosto seno.

(Ercilla: «La Araucana».)



El transparente y profundo
lago Sproule, en Quillehue.



El lago Todos Santos
y el volcán Puntigudo.



La isla Bertrand, en
la Tierra del Fuego.

sucesión se escalonan el Panquiulli, el Ranco, el Palmaquén, el Poyehue, el Llanquihue, con sus 800 kilómetros cuadrados de superficie, el lago Todos Santos y muchísimos otros. Estos lagos, establecidos a veces en las oquedades de las montañas, otras asomándose a la planicie, rodeados siempre de colinas amables o de serranías adustas, con sus aureolas de bosques tupidos, los nevados de las cumbres andinas, los graciosos contornos de los volcanes, confieren a estos rincones lacustres una belleza incomparable. Es verdad que cuando han pasado algunos días en medio de este marco de belleza, en medio del ajeteo de los viajes, de los malos ratos que procuran las cuentas de hotel o la insuficiencia del confort, uno se siente un poco aburrido de esta belleza aplastante y sobrehumana. Pero también es cierto que pocas cosas llegan más al fondo del alma que el alumbramiento de una mañana transparente, cuando la luz cambiante del día va confiando todo su esplendor al paisaje y deteniéndose a jugar con cada uno de los picachos de las rinconadas, delectación de caricia, de visión o de ensueño.

De todos estos lagos el más interesante, sin duda alguna, es el lago Todos Santos; a los turistas y visitantes los maravilla, sobre todo a los extranjeros. Teodoro Roosevelt afirmó que era el más hermoso del mundo. Tal vez es una exageración—no he visto suficiente para juzgarlo—, pero es ciertamente magnífico. Está rodeado por escarpes de variada altura y carácter; aquí, altas colinas cubiertas de bosques; allí, masas colosales de granito, desnudas y dentadas; de vez en cuando, una angostura quebrada por donde corre un torrente espumoso o un alto bastión del cual salta la más linda catarata, en un golfo oscuro y profundo, o una serie de terrazas de las que caen sonoras cascadas de la más rara belleza, o valles cubiertos de bosques y caletas. Situado en plena cordillera, entre el lago Llanquihue y el límite, la naturaleza ha dotado al lago Todos Santos de un fondo majestuoso: los volcanes Osorno, Galbucó, el Techado y el Puntagüedo.

Bailey Willis, en su obra *El Norte de Patagonia*, se refería en los siguientes términos a esta zona: «La región de los lagos andinos es una de las más notables del mundo, tanto por su extensión como por el número de sus lagos y la belleza de sus paisajes. Los del occidente de la cordillera reposan principalmente en el gran llano de Chile, en una región de colinas bajas, densamente arboladas, y al sur del grado 41 se hallan representados por los canales y fiordos de la costa. Al oriente de los Andes ocurren lagos en casi todos los valles al sur del grado 38. Varias veintenas son comparables a los famosos de Suiza y varias centenas serían notables si estuvieran en Europa o en los Estados Unidos.»

Para completar la belleza de estos parajes, la cordillera de los Andes se ha encargado de colocar unos cuantos volcanes, adornando justamente estos rincones privilegiados. Por allí están diseminados el Villarrica, el Quetrupillán, el Shoshuenco, el Poyehue, el Puntagüedo, el Osorno, el Galbucó, el Yate, unos en el corazón de la cordillera, otros asomándose al valle y dominando con sus estructuras todo el panorama. Forman el espectáculo obligado cuando cesan las lluvias y la transparencia del aire permite ver hasta los últimos resquicios de la montaña.

Los volcanes más contemplados por su posición y belleza son: el Villarrica, de 2.800 metros de altura, situado junto al lago y el pueblo del mismo nombre. Es un admirable cono geométrico, con sus flancos siempre cubiertos de nieve, dando a la montaña el aspecto de una colosal punta de diamante; de esta floración de nieve emerge continuamente un suntuoso penacho de humo blanco, que sube al cielo en remolinos de cambiantes tintes. Es un volcán en actividad; con frecuencia tiene erupciones; las últimas fueron en enero de 1949; la lava arrojada en aquella ocasión arruinó grandes extensiones dedicadas a la agricultura. Por estos perjuicios los comarcanos miran con poca simpatía a su imponente vecino.

Menos peligroso, pero no menos bello, es el volcán Osorno, de 2.700 metros de altura. Es el más conocido de todos los chilenos porque se le divisa desde los sitios más poblados y más bellos, adonde acuden anualmente miles de turistas. Se ha formado en épocas recientes y al nacer separó por completo a los lagos Llanquihue y Todos Santos, que anteriormente formaban uno solo. Su cono, perfectamente formado, aunque no tan grande como el Cotopaxi o el Misti, es igualmente imponente.

Es digno de mencionarse también el volcán Tronador, de 3.500 metros de altura: está situado al este del lago Todos Santos; se le llama así por el estrépito que forman los hielos al rodar por sus laderas.

Con justa razón Coubertin decía de esta zona: «He visitado a Valdivia y a Corral, los lagos Llanquihue y Todos Santos y parte de los canales, donde hay una combinación, única en el mundo, de la suiza y la noruega. Pero en Chile hay elementos que dan al paisaje una majestad, una atracción amable, una belleza misteriosa y seductora que no existe en otra parte. El espectáculo de los volcanes nevados, símbolos de las más terribles fuerzas de la naturaleza, alzándose sobre lagos de aguas dormidas y sobre las selvas con el misterio de lo desconocido, no tiene comparación posible. Contemplar esa naturaleza todavía en su estado primitivo, tal como salió de las manos del Creador, sin tropezar, como ocurre en Europa, con la habitación humana a cada paso, es un privilegio que todos debieran gozar.»

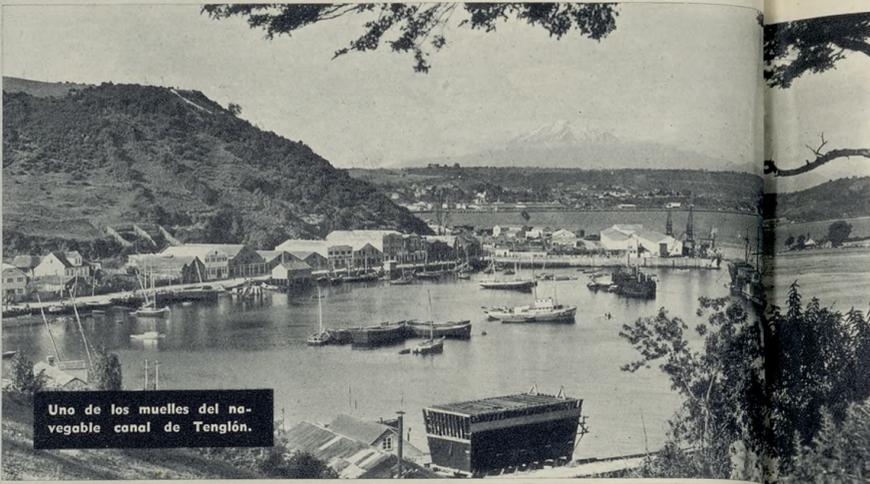
Ocupan un lugar destacado en el paisaje y en la economía de la región los grandes ríos navegables, como el Bueno, el Imperial y el Valdivia, que, junto con los numerosos lagos que desaguan y otros ríos menores, forman utilísimas vías de transporte, haciendo que esta zona sea donde el comercio fluvial y marítimo, tiene más tráfico.

Los canales marítimos son atendidos por grandes vapores, que líneas particulares y la empresa fiscal de los ferrocarriles del Estado han establecido, y por otros más pequeños que no salen de ellos; pero lo que da mayor animación a los canales son las embarcaciones de vela y remo.

Estamos, en realidad, en una comarca en donde la sangre germánica se ha infiltrado poderosamente y forma la clase acomodada. Estas regiones fueron durante muchos años dominio de los indios huilliches, que comenzaban al sur del río Toltén y suplantaban a los araucanos en el dominio del territorio, a medida que la colonización española avanzaba hacia el sur. Con ser discolos no alcanzaban de ninguna manera el empuje guerrero de los araucanos, y desde muy temprano, el español pudo recorrer estas regiones, aunque los establecimientos humanos que fundaban no tuvieron larga vida. Villarrica y Osorno datan desde los tiempos de don García Hurtado de Mendoza; pero fueron destruidas por el alzamiento general de los indios de 1600 y permanecieron abandonadas durante toda la colonia. Fue don Ambrosio O'Higgins, gobernador de Chile hacia 1778, quien trató de repoblar esas regiones y afincar sólidamente algunos centros de dominio. Así, en 1779, se vuelven a echar las bases de la ciudad de Osorno, que iba a servir de avanzada y a conectar la administración española a través de una región prácticamente desconocida, con los recientes establecimientos españoles de la isla de Chiloé. La única ciudad vieja que perdura a través de toda la colonia es Valdivia, que, por lo demás, constituyó durante cuatro siglos una especie de insula sometida a los desmanes de los indios y de los corsarios en una comarca que no alcanzaba a incorporarse definitivamente en la vida de la nación.

Atención preferente tuvieron estas regiones de parte de los primeros Gobiernos independientes, y Osorno vio acrecida su importancia al mismo tiempo que una primera colonización alemana se establecía en Valdivia y alrededores, marcando la ruta que iba a seguir la comarca en el futuro. Don Bernardo E. Philippi, un viajero alemán con estudios de náutica, sería el primer agente de colonización que tuvo el país para importar sangre alemana destinada a ocupar estas regiones hasta entonces dominio de los indios y de algunos aventureros internacionales. Le sucede en el cargo don Vicente Pérez Rosales, quien dirigió su atención principalmente a la región situada inmediatamente al sur de Osorno y al lago Llanquihue. El fundó Puerto Montt, en el sitio donde los chilotos tenían un astillero denominado Mellipulli; abre la primera ruta hacia el lago Llanquihue y echa las bases de Puerto Montt, con lo cual se afirma definitivamente la colonización extranjera en la región.

En esta tierra virgen los alemanes iban a encontrar un medio geográfico muy semejante al que dejaban tras sus espaldas en la Europa convulsionada de esos tiempos. Habían fracasado las intenciones liberales de 1848 y muchos de los emigrados eran gentes de ideas avanzadas y de recursos económicos. Entre ellos se contaban aún hombres que tenían un sitio de honor en el mundo de la ciencia europea, como fueron don Rodolfo Armando Philippi, Carl von Pöhsenius, etc. En el fondo, tal vez, gracias a estos hechos, ella ha conquistado la prosperidad de que hoy día goza.



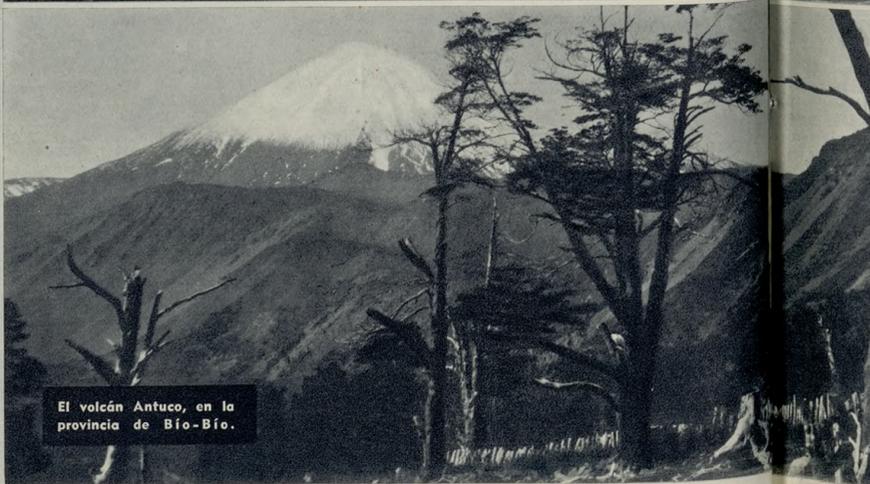
Uno de los muelles del navegable canal de Tenglón.



Al fondo, la cumbre nevada del volcán Villarrica.



Fértiles estribaciones del volcán Lonquimay.



El volcán Antuco, en la provincia de Bío-Bío.



El amplio, remansado y bello canal de Tenglón.



El lago Cochamó, rodeado de iglesias y caseríos.